

## EL MAR DE LA PLATA

**José Quesada García**

*(Cabra del Santo Cristo)*

En un pequeño pueblo jienense llamado Cabra del Santo Cristo, y en una mañana de la primavera de 1906, un hombre joven se despide de su familia. Este joven se llama Andrés Molina, más conocido en el pueblo por el mote de “El Largo” debido a su altura, ya que Andrés mide cerca de los dos metros. Ante él están sus padres y hermanos más pequeños. Andrés viste ropa propia de los domingos; pantalones, chaleco y chaqueta de pana, camisa blanca recién planchada, botas nuevas de cuero, una buena pelliza, y cubre su cabeza con una gorra, todo esto lo ha comprado en la tienda que Juan Ortega tiene en la calle de La Palma. Andrés se marcha a trabajar al extranjero.

-¡Padre! Ya sabe usted que hoy me voy para embarcarme en unos días para Argentina, sólo quiero que antes de irme, usted me dé su bendición.-hablaba Andrés a su padre.

-Andrés, tu ya eres un hombre hecho y derecho. Pronto cumplirás veinticuatro años y tienes derecho a elegir lo que va a ser tu vida futura; pero la verdad es que si te vas, aquí nos vas a dejar extraviados vivos. Ahora nos quedaremos tu madre y tus hermanos más pequeños intentando salir adelante con lo poquillo que nos dé la tierra y los jornales que podamos echar por fuera, que según corren los tiempos serán bien pocos.-dijo amargamente Nicolás Molina.

-Sabe usted bien, que la tierra no da para mucho, el tiempo no acompaña y las cosechas son miserables y ridículas, los jornales son escasos como usted ha dicho; por supuesto que me duele el alma, al tener que irme y abandonar la tierra en donde nací y dejar aquí a la gente que me dio la vida y a todos aquellos con los que me he criado. Pero yo veo que aquí no hay futuro y por eso, en estos dos últimos años he estado ahorrando un poco de dinero a la par que he arreglado los papeles para irme a Argentina, en donde cuentan que es un país que está empezando a crecer y en el que necesitan mucha mano de obra. En cuanto llegue y me ponga a trabajar, les mandaré dinero para que puedan seguir adelante. Luego y si las cosas me van bien, intentaré volver un día con dinero en el bolsillo que nos permita vivir a todos más dignamente que hasta ahora lo hemos hecho.-prometió Andrés a su familia.

-¡Andrés! Yo te voy a dar mi bendición, pero también te voy a dar unos consejos para que los lleves contigo allá a donde vayas. No creas que por ahí atan los perros con longanizas, si consigues algo siempre será con esfuerzo y con mucho trabajo, y sobre todo, pase lo que pase, compórtate como un hombre honrado y apechuga con las contrariedades que te pueda traer la vida. Otra cosa que siempre debes de tener claro es que eres un Molina y que aún siendo pobres, nadie ha tenido que hablar mal de quienes hemos llevado este apellido, espero que esto siga así aunque estés en el fin del mundo que es donde dices que vas a ir ahora.- Aconsejó Nicolás Molina a su hijo.

-No se preocupe padre, usted sabe que yo siempre le he respetado y he seguido sus consejos.- respondió el joven a su padre.

-¡Josefa!... Dale algo a Andrés y échale comida para el viaje.-dijo Nicolás a su mujer.

Josefa que hasta entonces había atendido callada a la conversación de su marido y de su hijo, se acercó lloriqueando a Andrés y le entregó en la mano un poco de dinero y una medalla del Santo Cristo de Burgos. Luego abrazándolo con fuerza le habló así:

-Hijo, no te tenías que ir, aquí ya nos apañaríamos de cualquier manera, seguro de que encontrarías alguna muchacha buena y formarías una familia. Ahora te vas al fin del mundo y menuda pena nos dejas. Toma estos pocos cuartos que teníamos ahorrados para una emergencia y sobre todo llévate colgada esta medalla del Cristo ya que Él siempre te ayudará. Ahí te he preparado esa maleta con unas mudas de ropa y en esa talega te he puesto unos lienzos de tocino, algunos chorizos, un par de quesos y dos panes grandes. Espero que te apañes con eso hasta que llegues a “La Argentina”.

Juan Molina, hermano más pequeño que Andrés, había aparejado los mulos y había subido y sujetado a estos la maleta y el saco de los víveres que llevaba Andrés como equipaje. El llevaría a su hermano hasta la estación del ferrocarril en donde este subiría al tren que iba hasta Almería, en donde se embarcaría en “El Mar de la Plata” hacia tierras argentinas.

Los tres hermanos y dos hermanas más pequeños se acercaron a Andrés y llorando a lágrima viva besaban y abrazaban a su hermano mayor a la par que se despedían. Su padre se acercó con gesto serio y ambos se fundieron en un abrazo, en el que Nicolás le decía a su hijo.- ¡Qué Dios vaya contigo! Y acuérdate de lo que te he dicho antes.

Antes de que Andrés subiese al mulo, Josefa volvió a besar y abrazar a su hijo; después se reunió en la puerta de su casa con su marido y sus otros hijos. Todos ellos lloraban a la par que se despedían moviendo las manos,- el único que no lloraba y que parecía impasible era Nicolás Molina-, algunos vecinos del pueblo también se despedían del joven Molina. Subidos en las caballerías los hermanos Molina empezaron a marchar en dirección a la estación del ferrocarril. Cuando ambos jinetes desaparecieron por la esquina, la familia de Andrés volvió a entrar en su casa,-ahora y fuera de la mirada de todos, los ojos de Nicolás Molina lloran amargamente la marcha de su primogénito.

Al pasar por delante de una casona de la calle principal del pueblo, Andrés elevó la vista hacia un ventanal. Allí pudo distinguir a través de los cristales el rostro de una joven, quien le saludaba tímidamente. El devolvió el saludo e instintivamente su mano buscó en el bolsillo interior de su pelliza y allí encontró un pañuelo de fino hilo bordado con las iniciales C.R.V., apretó el pañuelo y siguió su camino.

¡Celia! ¿Qué haces en la ventana? ¿A quién saludas? ¡Vamos apártate de ahí y sigue con tus labores! –dijo doña Virtudes Vera a su hija.

¡Madre!...Es Andrés Molina que se marcha para trabajar en Argentina, sólo le estaba diciendo adiós.-respondió Celia Rodríguez a su madre.

-¿A dónde pensará que va Andrés “El Largo”? Estos ilusos labriegos, creen que marchándose fuera van a hacer fortuna y que luego van a volver como verdaderos ricachones.-habló doña Virtudes refiriéndose al joven Molina.

-Andrés es un buen muchacho, honrado y trabajador, que se tiene que ir porque por aquí no corren buenos tiempos y yo le deseo que le vaya bien por esos mundos, ya que le tengo un poco de aprecio. –dijo Celia.

¿Aprecio?... ¡Menos mal que nos dimos cuenta de que ese Molina quería ennoviarse contigo y te quería embaucar! Así que por tu bien te prohibimos que hablaras con él y que no se acercara a ti. Ese Andrés había puesto sus miras muy altas al fijarse en una señorita como tú y de una familia con una posición mucho más elevada que la suya. ¿Qué te iba a ofrecer un destripaterrones y ovejero? Tú que eres una señorita de buena familia y educada en un colegio de monjas. Ahora que por fin se marcha, lo que tienes que hacer es olvidarte de él y conocer jóvenes de familias pudientes como lo es la nuestra; jóvenes que te puedan ofrecer un buen futuro. –sermoneaba doña Virtudes a su hija Celia.

Celia Rodríguez asintió con la cabeza y se sentó junto a su prima Eugenia, quien había seguido la conversación de su prima y de su tía Virtudes,-ella conocía los secretos que había entre su prima Celia y Andrés Molina-. Las tres mujeres siguieron con sus labores de bordado; aunque de vez en cuando las más jóvenes cruzaban miradas de complicidad y se sonreían. Doña Virtudes las observaba muy seriamente, aunque mentalmente, daba gracias a Dios por la marcha del joven Molina. -¡ya buscaría ella un pretendiente adecuado para su hija!-

Mientras los hermanos Molina marchaban hacia la estación del ferrocarril de Cabra del Santo Cristo, Andrés volvió a apretar el pañuelo bordado y recordaba a Celia, a quien a pesar de las prohibiciones por parte de la familia Rodríguez, había estado rondando en los últimos tiempos. Gracias a su prima Eugenia habían llevado en secreto aquellas relaciones, ya que esta se había ofrecido para hacer de mensajera y de preparar encuentros fortuitos sin el conocimiento de los padres de Celia. Ella le había dado aquel pañuelo como recuerdo y habían quedado en cartearse por medio de Eugenia. En su último encuentro, Andrés

había prometido que volvería y se casaría con ella, Celia también prometió que esperaría su regreso.

En la estación, Andrés sacó el billete para el tren hasta Almería, su hermano Juan había descargado la maleta y el saco con las viandas acercándolos a la vía del tren, en espera de la llegada de este. Allí en el andén Andrés le habló de esta manera a su hermano:

-Mira Juan, ahora vas a ser tú el hijo mayor de la familia, procura ayudar a nuestros padres a criar y sacar adelante la familia. Yo cuando llegue a Argentina intentaré trabajar todo lo que pueda y mandaré dinero para que no paséis necesidades. También os escribiré y os daré mi dirección para que me podáis mandar noticias vuestras.

-No te preocupes Andrés, tú solo tienes que mirar por ti. Ya cuidaré yo de nuestros padres y hermanos.-respondió Juan a su hermano.

Después de un largo rato de espera por fin apareció el tren con su humante locomotora. Todos los pasajeros y acompañantes se afanaron en subir al tren las maletas y bultos. Llegó por fin el momento de las despedida, y ambos hermanos se fundieron en un gran abrazo. Los ojos de los hermanos se llenaron de lágrimas y Andrés subió al tren en donde acomodó los bultos, luego se asomó a la ventana del vagón y desde allí se volvió a despedir de su hermano que seguía en el andén. La locomotora hizo sonar su silbato y el tren empezó a marchar lentamente.

La estación de Cabra del Santo Cristo y Alicún se iba quedando atrás a medida de que el tren empezaba a acelerar su marcha. Desde su posición en la ventana del vagón, Andrés vio como su hermano y otros paisanos se quedaban en el andén moviendo sus manos, como señal de despedida a los viajeros del tren. Cuando en la primera curva de las vías desapareció la estación, Andrés recorrió con su mirada todas aquellas tierras que le vieron crecer y que también conocía; tierras sembradas de olivos, otras de cereales, cerros en los que pastaban ovejas y cabras, cortijos blancos desperdigados por la zona, y sobresaliendo en el horizonte los picos aún nevados de Sierra Mágina. Según avanzaba el tren en dirección a Almería, todos estos paisajes se iban haciendo cada vez más pequeños a la vista del joven Molina, quien viendo que también empezaba a anochecer, optó por sentarse junto a otros pasajeros.

Los viajeros del vagón charlaban unos con otros en plan distendido, incluso algunos sacaron comida de sus cestos y empezaron a comer a la par que ofrecían de estos alimentos a los demás; alguna bota de vino también pasó de mano en mano. Desde que Andrés se había sentado, no había abierto la boca, solo había negado con la cabeza el ofrecimiento de sus compañeros de viaje. El estaba pensativo, meditando sobre su marcha al extranjero, intentando memorizar todo lo que dejaba atrás: su familia, su tierra, su novia, sus amigos,....

Ahora miraba fijamente a su maleta de madera. En ella aparte de unas pocas ropas y de los papeles que había tenido que arreglar con las autoridades y el médico del pueblo,

también llevaba guardadas sus esperanzas, sus deseos de buscar nuevos horizontes, la necesidad y el anhelo de demostrarse a sí mismo su valía fuera del ámbito familiar; también llevaba en aquella maleta el sentimiento del miedo a lo desconocido y al fracaso en su nueva empresa, preguntándose si aguantaría mucho tiempo el estar alejado de sus seres queridos. Pero ya todo estaba decidido y ahora ya no quería ni podía dar marcha atrás.-Andrés era un joven de ideas fijas y con decisión para llevarlas a cabo.

-¡Toma muchacho y echa un trago!- le ofreció una bota de vino un viajero de gran mostacho y de mediana edad.- ¿A dónde te diriges?...

Andrés salió de su silencio y aceptó echar un trago de vino, después respondió a la pregunta del viajero.- Yo voy para embarcarme hacia Argentina. ¿Ustedes también van para allá?

-¡Nooo...! Nosotros venimos de las minas de Linares y ahora vamos a trabajar en las canteras de mármol de Almería. Las Américas están muy lejos y esos viajes son para gentes jóvenes y solteras como tú. ¡Ojalá que tengas mucha suerte por esos mundos de Dios! -dijo el pasajero del bigote.

Andrés entró en la conversación de los mineros y de momento su cabeza arrinconó sus pensamientos anteriores. Poco a poco los viajeros se fueron quedando dormidos y el tren siguió su lenta pero segura marcha hacia Almería, deteniéndose en las estaciones en las que subían y bajaban pasajeros y algunos mozos hacían lo propio con bultos y mercancías. Por estas causas el tren llegaría con bastante retraso a la estación de Almería. Al joven Molina se le hizo interminable el tiempo que duró el viaje.

Al llegar el tren a la estación almeriense, Andrés cogió su maleta y su talega con la comida, luego se despidió de sus compañeros de viaje y se dirigió hacia el puerto en busca de las oficinas en donde compraría el billete para embarcarse en "El Mar de la Plata". Andrés nunca había visto el mar y conforme se acercaba a los muelles del puerto, sus ojos no apartaban la mirada del intenso azul del mar y de la gran extensión del mismo. Ya en el puerto, preguntó a unos trabajadores por la dirección de las oficinas y estos le indicaron el edificio en donde estaban ubicadas. Al entrar al lugar de los despachos, pudo comprobar que había una gran cola de gente que esperaba pacientemente turno para adquirir billetes o gestionar otro tipo de documentos, y que un par de guardias civiles se ocupaban de que las gentes guardasen bien la fila. Pidió la vez y un guardia le preguntó por el destino al que iba; cuando respondió al guardia, este le indicó la cola de la ventanilla número 3. Andrés se situó en ella esperando su turno.

Después de un buen rato de espera, Andrés estaba en la ventanilla y enseñaba los documentos que traía en la maleta. El hombre que estaba detrás de la misma, los examinó y les puso unos sellos, luego pidió la cantidad de dinero que valía el pasaje del barco. Andrés se quedó extrañado, ya que aquel hombre le estaba pidiendo mucho más dinero del que él llevaba encima; justo la cantidad que le habían dicho hacía ahora dos años. Se quejó al de la ventanilla comentándole que él no tenía ese dinero y preguntó el porqué de aquella subida

en el billete. El expendedor le devolvió sus documentos y le dijo que el barco llegaría en un día y que atracaría en el puerto otros tres más cargando mercancías y pasajeros, luego zarparía dirección a Argentina. Ese era el tiempo que tendría Andrés para reunir el dinero que le faltaba para pagar su pasaje. También le dijo que le guardaría el billete hasta el tercer día y luego lo vendería a otra persona de las muchas que también querían subir a aquel barco.-Normas de la empresa naviera-.

Protestó Andrés ante esta injusticia, pero pronto se acercó un guardia civil que obligó al joven Molina a coger sus bártulos y abandonar el edificio. Salió muy preocupado y sin rumbo a dónde dirigirse, sólo pensaba la forma en la que iba a reunir aquel maldito dinero que le faltaba para viajar a Argentina.

Aunque ya era tarde, Andrés se acercó por los muelles del puerto y preguntó a los cargadores y obreros que encontró si alguien le podía dar trabajo para los próximos cuatro días,-trabajaría día y noche sin parar para conseguir el dinero que aún le faltaba-. Pero en todos sitios le dijeron que andaban sobrados de mano de obra. Viendo que no tenía suerte en los muelles, el joven Molina se marchó para las casas cercanas al puerto, allí buscaría y preguntaría en las tabernas y en algunos negocios por si alguien necesitara de algún empleado ocasional. Tampoco tuvo fortuna y cerca de media noche se retiró hacia las afueras de la ciudad, buscó el cobijo de unos cobertizos para bestias y allí pasó la noche.

Casi no había amanecido cuando Andrés se encontraba otra vez en el puerto y seguía buscando emplearse en cualquier cosa, pero el resultado fue el mismo de la tarde anterior. Y eso que lo había intentado incluso en la lonja, a donde los barcos descargaban el pescado y allí era comprado y subastado. Cabizbajo y con sus bultos en las manos, el joven Molina se encaminó hacia las playas cercanas al puerto en donde los pescadores realizaban sus trabajos de recogida de las redes y preparación de otros aparejos de pesca. Suponía que allí tampoco le darían trabajo, pero por preguntar tampoco iba a perder mucho. A la vez que caminaba, en su cabeza la idea de subirse al barco, -fuese con pasaje o sin él-, se iba haciendo cada vez más grande. Se estaba acercando a los primeros hombres que tiraban de las redes, cuando se percató de que en la playa un hombre hacía fotografías con su máquina a las faenas de los pescadores.

Cuando fijó su vista en el fotógrafo, se sorprendió al reconocerlo. Aquel fotógrafo era don Arturo Cerdá y Rico, antiguo médico de Cabra del Santo Cristo, el hombre que lo había traído al mundo. Recordaba a don Arturo allí en el pueblo con su máquina, haciendo fotografías a las gentes trabajando en los campos, en las fiestas, retratando las calles del pueblo, los cortijos, etc. También recordaba que había temporadas en las que el fotógrafo salía del pueblo y viajaba a otros lugares, siempre acompañado de sus máquinas de retratar. En los últimos años don Arturo había dejado de ejercer como médico y se dedicaba en cuerpo y alma a la fotografía. Las gentes del pueblo comentaban que el médico se había vuelto medio loco debido a aquella obsesión por retratar todo lo que se pudiese a su alcance, incluso algunos no querían ser fotografiados, porque decían que aquellas máquinas eran diabólicas y en cada retrato les robaban el alma. Y ahora por algún destino de la vida, don

Arturo estaba allí en la playa solamente a unos metros de Andrés, quien dirigió sus pasos hacia la posición del fotógrafo.

-¡Don Arturo, don Arturo!- llamó Andrés al fotógrafo a la vez que se acercaba a este.

Don Arturo que estaba absorto en su máquina fotografiando la faena del saque del copo, al oír que alguien le llamaba por su nombre, levantó la vista y descubrió al joven alto que se acercaba a él y que era quien pronunciaba su nombre en voz alta. Como buen fisonomista que era, don Arturo reconoció al momento al joven Andrés Molina.

-¡Pero... si tú eres el hijo mayor de Nicolás Molina! ¿Qué haces por aquí muchacho?- preguntó don Arturo a la vez que estrechaba la mano de Andrés Molina.

Después de saludarse, Andrés contó a don Arturo que estaba allí en Almería esperando embarcarse en dirección a Argentina, pero que aún teniendo los papeles en regla, sólo le faltaba algún dinero para pagar el pasaje, ya que la empresa naviera había subido una barbaridad el precio de los billetes en el último año, debido a que mucha gente quería viajar a América. Le dijo al fotógrafo que ahora estaba intentando conseguir el dinero, trabajando en cualquier cosa hasta que el barco zarpase para Argentina, pero que nadie le daba trabajo. Lo que no le contó Andrés a don Arturo, era el pensamiento que rondaba su cabeza de subirse al barco sin billete.

Don Arturo después de escuchar al joven, le dijo que no se preocupara, ya que él conocía a algunos altos funcionarios del puerto y que al día siguiente intentaría solucionar el problema del pasaje. El viejo médico y fotógrafo, le pidió al joven Molina, que durante estos días le echase una mano a llevar y colocar la máquina de fotografía, pues tenía intención de hacer varias fotografías en el puerto. También le ofreció venirse a dormir a la casa de un colega suyo, en la que él se hospedaba temporalmente en sus visitas a Almería.

Andrés quedó más tranquilo tras oír a don Arturo que le ayudaría a subir al barco y viajar a Argentina. Agradecido por el gesto del fotógrafo, le dijo a éste que él sería su ayudante hasta que zarpase el barco. Cuando don Arturo dio por acabado el trabajo de la mañana, Andrés subió la máquina y sus maletas a una calesa que había traído el fotógrafo y montándose ambos en el carruaje se dirigieron hacia la casa en donde se hospedaba el antiguo médico. Mañana cuando "El Mar de la Plata" estuviese atracado en el puerto, volverían para seguir fotografiando en la zona portuaria y de paso intentarían arreglar el problema del pasaje.

A la mañana siguiente y al llegar a la zona portuaria don Arturo y Andrés con la intención de hacer fotografías del lugar y de sus gentes, el joven Molina quedó impresionado y con la boca abierta al contemplar el gran barco que había atracado durante la noche. Nunca había imaginado que viajaría en un buque tan nuevo y grandioso como lo era "El Mar de la Plata".

-¡Vamos Andrés, ata el caballo con la carreta ahí en la fachada de esos almacenes! ¿Has traído los papeles y el dinero para el pasaje? ¡Vamos para las oficinas de la compañía a ver si solucionamos tu viaje en el buque ese que hay atracado ahí en el puerto!-habló don Arturo al joven Molina a la vez que señalaba hacia el transatlántico.

-Ahora mismo lo amarro y voy con usted a la oficina esa. Aquí llevo los papeles y también todo el dinero que tengo.-respondió Andrés.

Entraron los dos hombres en la sala en donde estaban las ventanillas expendedoras de billetes.-la sala estaba llena de gentes que aguardaban largas colas para conseguir sus pasajes,- allí don Arturo llamó a un guardia y le dijo que quería hablar con el jefe de las oficinas y le dio su nombre. El guardia subió por unas escaleras hacia los despachos que estaban arriba y unos minutos más tarde volvió para acompañar al fotógrafo y al joven Molina hasta uno de aquellos despachos. Un hombre ya mayor y bien vestido salió al encuentro de los dos hombres y saludó efusivamente a don Arturo,-Andres dio por sentado que ambos hombres se conocían y según se saludaban, debían de tener una gran amistad.- El señor les ofreció asiento y les preguntó por los asuntos que les habían traído hasta su despacho.

En poco tiempo explicó don Arturo la situación en la que se encontraba Andrés con respecto al viaje y que esta visita era para intentar que el joven Molina pudiera embarcar hacia Argentina. Don Arturo también le solicitó permiso para subir a “El Mar de la Plata” y realizar algunas fotografías dentro del mismo. Una vez escuchadas estas peticiones el director llamó a un botones y le ordenó que fuese a buscar al oficinista de la ventanilla número 3. Cuando el oficinista estuvo delante le mandó preparar un billete y un documento en el que se especificara que aquel joven,-Andrés Molina- abonaría ahora la mitad del billete y que la otra mitad la pagaría trabajando en las faenas que le mandase el encargado del personal del barco, durante el tiempo que durase el viaje hasta Buenos Aires; Andres Molina se alojaría con otros miembros de la tripulación. Apremió el director al oficinista para que preparase tal documento y que lo trajese rápido para ser revisado y firmado por él mismo. Se marchó el empleado a por el documento y mientras tanto el director firmó un pase para que don Arturo pudiese subir al barco y fotografiar el interior del mismo.

Al volver el oficinista, el director revisó aquellos papeles y los firmó. Andrés pagó la cantidad de dinero que venía puesta en los papeles, firmó dichos papeles recibiendo a cambio el billete y una copia de aquellos. Minutos más tarde don Arturo y el joven Molina se despedían del director de la oficina dándole las gracias por los favores recibidos.

Al salir del edificio de las oficinas, Andrés le dio las gracias a don Arturo por solventar el problema del pasaje.

-¡Muchas gracias don Arturo! ¿No sé qué hubiera pasado si usted no me echa una mano? ¿No sé cómo puedo pagarle?

-No te preocupes por eso, y ahora vámonos a por la máquina de fotografiar, que tenemos mucho trabajo por delante.-respondió el viejo fotógrafo.

Durante dos días estuvo don Arturo con su ayudante Andrés Molina retratando a las gentes que trabajaban en las faenas de carga del barco, al barco, a los pasajeros del mismo, a los muelles, etc.....

Al tercer día Andrés ayudó a don Arturo a colocar la máquina en un sitio alto desde donde se divisaba el muelle en el que estaba atracado "El Mar de la Plata". Después el joven Molina descargó de la calesa sus bultos y se despidió del viejo fotógrafo.

-Muchas gracias por todo don Arturo, y cuando vaya por el pueblo de recuerdos a mis padres y dígalos que me ha visto marchar bien para Argentina. Sepa que yo le recordaré y siempre le estaré agradecido.

Ambos se dieron un apretón de manos y se abrazaron al igual que si fuesen dos hermanos. Don Arturo le dio unos cuantos billetes de duro a Andrés, quién se negaba a aceptar aquel dinero.

-Toma y coge este dinero, que ya te hará falta cuando llegues a destino. Cógelo como paga por haberme ayudado estos días. Cuando vaya al pueblo les daré recuerdos a tus padres. Y lo único que te digo es que lleves buen viaje y que tengas suerte en la vida y cuando vuelvas y nos veamos otra vez, recordaremos estos días ajetreados que hemos tenido, como unas simples anécdotas graciosas.- dijo despidiéndose don Arturo.

Al igual que otros pasajeros, Andrés subió al "Mar de la Plata", y enseñando el billete y los papeles a un oficial de la tripulación, este le indicó en donde estaba la zona de camarotes de la tripulación. Después de colocar sus bártulos en una litera que le asignaron, volvió a subir a cubierta; para entonces ya habían retirado la pasarela y el barco empezaba a soltar amarras y a moverse en dirección a mar abierto. Desde la cubierta del barco, pasajeros y tripulantes se despedían del gentío que había quedado en el muelle del puerto. Andrés buscó con la vista el lugar en el que aquella mañana él mismo había colocado la máquina de fotografiar de don Arturo. Y allí estaba el viejo fotógrafo inmerso en su tarea de retratar aquel evento. Aquella fue la última vez que Andrés Molina vio en vida al viejo médico y fotógrafo, don Arturo Cerdá y Rico.

Desde que "El Mar de la Plata" zarpó del puerto de Almería, Andrés Molina se puso a las órdenes del encargado del personal y trabajó en varios oficios mientras duró el viaje. Unas veces ayudaba en las cocinas llevando los alimentos desde las bodegas, otras descuartizaba con gran destreza, piezas de carne de corderos, cochinos o vacas; también ayudaba a mover aquellas gigantescas perolas en las que se cocinaba. Muchos días era frecuente ver al joven Molina en la sala de máquinas, alimentando con carbón las calderas que hacían mover el barco. Todos estos trabajos hubiesen resultado bastantes duros para otra persona, pero Andrés Molina era un buen trabajador y estas faenas las realizaba con

bastante soltura y facilidad. El encargado del personal estaba muy contento con él; incluso antes de finalizar el viaje le ofreció trabajo en el barco.

En sus ratos de descanso y horas libres, Andrés subía a cubierta y allí contemplaba la inmensidad del mar, y si era de noche miraba hacia el cielo claro, limpio y lleno de estrellas. Viendo este cielo estrellado Andrés se acordaba de las noches en las que dormía al raso en el campo y en las que observaba aquel firmamento; naturalmente en estos momentos volvían a él los recuerdos de todo lo que había dejado atrás.

Durante estas visitas a cubierta, el joven Andrés se había dado cuenta de que en el barco viajaban distintos tipos de pasajeros. Estaban los pasajeros ricos y pudientes, quienes estaban acomodados en los camarotes de lujo, comían en un fastuoso comedor y paseaban o tomaban el sol en las cubiertas superiores. La mayoría de estos pasajeros iban acompañados por su propio servicio, y evitaban el contacto con el resto de viajeros. Otra clase de pasajeros estaba compuesta por comerciantes, ganaderos, maestros de escuela, fabricantes, aventureros... estos viajaban la mayoría por asuntos de trabajo o negocios. Viajaban en los camarotes de categoría media y eran comensales diarios de los comedores del barco, estos paseaban por las cubiertas más bajas y se relacionaban con el otro grupo de viajeros y que eran los más pobres y numerosos.

Andrés pudo comprobar que la mayoría del pasaje de "El Mar de la Plata" eran los llamados "emigrantes", -gentes muy humildes y pobres, gentes que en su tierra llevaban una vida miserable, gentes que habían vendido todo por conseguir un billete de esperanza y de ilusión por empezar de nuevo en otro lugar, en definitiva gentes que hacían igual que las golondrinas; buscaban y anhelaban nuevos mundos dejando atrás su tierra y a sus seres queridos-. Estos emigrantes viajaban en la parte menos noble del barco, muchos de ellos hacinados en los peores camarotes, otros en estancias dedicadas al almacenamiento de mercancías o en cualquier rincón en el que se podían cobijar. La mayoría de ellos eran de origen italiano, franceses y también había bastantes españoles quienes habían subido en Almería. Por lo general eran hombres jóvenes que iban a probar fortuna en el extranjero, -volverían a por sus familias si las cosas les iban bien- también viajaban familias completas. Todas estas gentes pasaban la mayor parte del viaje en las cubiertas, comían de las cestas que habían traído consigo y del plato de rancho caliente que les daban en las cocinas del barco, charlaban entre ellos e incluso alguna vez cantaban y bailaban, olvidándose momentáneamente de los avatares de sus propias vidas.

En más de una ocasión, Andrés subió un poco de pan de la cocina y lo repartió entre algunos críos, quienes tenían cara de comer bien poco. Los padres de los niños le daban las gracias y Andrés sonreía a la vez que pensaba: "Yo también soy un emigrante".

Después de su larga travesía sobre el Atlántico, "El Mar de la Plata" entró en el puerto de Buenos Aires, atracando en el muelle de La Boca. Allí en los muelles muchos patronos esperaban la llegada de los emigrantes procedentes de Europa y allí mismo los contrataban y llevaban hacia sus nuevos empleos. Cuando Andrés Molina puso pié en tierra, varios

hombres le ofrecieron trabajo, pero Andrés sólo escuchó las ofertas de trabajar en los ferrocarriles, ya que en el barco había oído comentar a la tripulación y a algunos pasajeros que en el ferrocarril era donde más dinero se ganaba y en especial los hombres jóvenes, fuertes y solteros. Así que junto a otro grupo de hombres, el joven Molina se contrató como obrero con la empresa ferroviaria y aquel mismo día el grupo fue llevado hasta la estación central, para desde allí salir hacia el interior de Argentina en donde las líneas férreas iban aumentando sus redes y expandiéndose por todo el territorio argentino.

En cuanto pudo, Andrés escribió a su casa contándoles cómo había hecho el viaje y cómo ahora trabajaba en el ferrocarril, también les envió un poco de dinero. Andrés escribió otra carta a Eugenia Rodríguez, -esta le entregaría la carta a su prima Celia-. En la carta Andrés le contaba a Celia lo mismo que a sus padres, pero en ella también decía lo mucho que echaba de menos a la joven y quedaba ansioso esperando sus noticias.

Andrés trabajó durante varios años en los ferrocarriles argentinos. Trabajaba hasta que el cuerpo le aguantaba, ya que todos sus anhelos eran ganar bastante dinero para volver algún día a su tierra. Viajó por gran parte de las provincias del país como: Córdoba, Santa Fe, Buenos Aires, La Pampa, Rio Negro, etc. Conociendo sus principales ciudades, gentes, tierras,... Hizo grandes amistades con sus compañeros de trabajo, quienes le bautizaron con el nombre de "El Larguirucho". Cuando le llamaban así se acordaba que en su pueblo también tenía un mote muy parecido. Pero se enfadaba mucho cuando alguien lo llamaba "Gallego".

-¡Que no me llaméis gallego, que no soy gallego, que yo nací en Jaén!- respondía Andrés explicando su lugar de nacimiento.

Sus compañeros, viendo que esto molestaba al joven Molina, decidieron seguir llamándole "El Larguirucho", aunque alguno por oírle, le llamaba "El gallego de Jaén".

Habían pasado cerca de tres años, cuando Andrés recibió una carta de Celia Rodríguez, en la que la joven le decía que por culpa de la distancia que les separaba y por el tiempo transcurrido desde la marcha del joven Molina, sus sentimientos hacia él se habían enfriado, y ahora ella se había comprometido con un joven terrateniente de la comarca. Con esta carta y pidiendo perdón por el daño que estaba causando, Celia Rodríguez daba por concluida su relación amorosa con él.

Aquel fue uno de los palos más grandes que le dio la vida al joven Molina.- él, que sólo trabajaba y ahorrraba para volver a su tierra y poder ofrecerle un futuro a la que consideraba hasta entonces su novia, él, que durante este tiempo no había mirado a ninguna otra mujer.- ¿Y ahora qué..., qué iba a ser de su vida? ¿Cómo iba a recuperarse de esta desdicha? Ahora estaba sólo en un país extranjero y sus ilusiones tiradas por el suelo.- "¡como se había salido con la suya doña Virtudes Vera!"- pensó Andrés Molina.

El joven Molina siguió trabajando duramente en el ferrocarril, intentando así olvidarse del varapalo recibido por parte de Celia Rodríguez. Siguió escribiendo a su familia y

regularmente les enviaba algo de dinero. A Celia nunca volvió a escribirle y tampoco recibió correspondencia por parte de ella. Ahora Andrés Molina se había fijado otra meta; -hacer fortuna y volver a Cabrilla, para demostrar así, a la familia Rodríguez su equivocación con respecto a su propia valía como pretendiente de la joven Celia-.

Un año transcurrido desde la ruptura con Celia y por culpa de unas fiebres; Andrés cayó enfermo cuando trabajaba en la ciudad de Córdoba. Esta enfermedad mantuvo bastante tiempo al muchacho postrado en cama. Debido a estas fiebres muchas personas murieron en toda Argentina; pero Andrés que era un hombre fuerte, hizo frente a la enfermedad ayudado por la familia que regentaba la pensión en donde se alojaba,-los Tupino -, sobre todo por Isabella, la hija mayor de aquella familia descendiente de italianos. Sucedió que los dos jóvenes se enamoraron y al poco tiempo de recuperarse de su enfermedad, Andrés Molina se casó con Isabella Tupino. Después de su enfermedad y posterior casamiento, Andrés no volvió a trabajar en las vías del ferrocarril. Se contrató con una empresa y su trabajo consistía en comprar animales, pieles, cereales, etc., en las provincias interiores y transportarlos por medio del ferrocarril hasta el puerto de Buenos Aires, donde estas mercancías eran embarcadas hacia Europa.

Pasaron los años y Andrés dejó de trabajar para aquella empresa y arriesgando sus ahorros montó su propio negocio. A partir de ahí y con mucho trabajo y fe, el negocio de Andrés fue viento en popa, consiguiendo en poco tiempo una buena fortuna, ya que Argentina exportaba grandiosas cantidades de productos agrícolas y ganaderos a otros países, sobre todo a los europeos. Él como buen comerciante aprovechó estas situaciones e invirtió en varios tipos de negocios; los cuales le dieron buen rendimiento.

Se podía decir de aquel emigrante llamado Andrés Molina, quién había llegado a Argentina sin un peso en el bolsillo y pagándose el pasaje trabajando en el barco, era ahora un rico comerciante y gran hacendado, y para quien ahora trabajaban otros. Pero a pesar de todo esto, Andrés no era feliz del todo, sentía inmensa morriña de su tierra. Así que después de muchos años, Andrés decidió volver a España y visitar a su familia. En una de sus visitas de trabajo en el puerto de Buenos Aires, Andrés compró los pasajes para él y su familia en el mismo barco en el que vino como emigrante, "El Mar de la Plata", pero ahora y junto a su mujer e hijos, Andrés viajaría en la parte noble del barco. El día que compró los billetes escribió una carta a su familia en Cabra del Santo Cristo, contándoles sus intenciones de regresar a España y reencontrarse con ellos.

Un hombre apoyado en la ventanilla del vagón del tren, mira y observa el paisaje que se extiende ante sus ojos. Este es un hombre alto, muy alto, de pelo entrecano, vestido elegantemente con ropas de alta calidad. Este hombre es don Andrés Molina; rico hacendado y comerciante en Argentina, quien vuelve a su pueblo natal,-Cabra del Santo Cristo.- en donde antaño era conocido como Andrés "El Largo". Sentados en el mismo vagón viajan su esposa doña Isabella Tupino,-una guapa y elegante señora-, también están sentados sus hijos; Nicolás Molina Tupino.- un joven de unos veinte años y con una estatura parecida a

la de su padre,- y Aurea Molina,- una niña de diecisiete años, rubia, de ojos verdosos y de una belleza inigualable-.

Mirando estos campos,- los cuales habían cambiado muy poco en los últimos veinticinco años,- Andrés se preguntaba ahora si las gentes de estas tierras habían cambiado. Estaba deseoso de abrazar a sus ancianos padres, a sus hermanos y a los nuevos miembros de la familia Molina. Tenía que contarles tantas y tantas cosas, preguntarles otras muchas, presentarles a su mujer e hijos, intentar ayudarles de alguna manera,... Y mientras el tren seguía su marcha, Andrés de forma instintiva tocaba la medalla del Cristo de Cabrilla que llevaba colgada desde que se la dio su madre. En este momento se acordó del fotógrafo don Arturo Cerdá y Rico,-quién le ayudó a viajar a Argentina,- se preguntó: ¿Qué habría sido de Celia Rodríguez y de la madre que la parió? –Doña Virtudes Vera- ¿quién se acordaría de él en el pueblo? ¿Quién les estaría esperando en la estación para llevarlos al pueblo? ¿Quién.....?

Andrés volvió a la realidad, cuando escuchó el fuerte silbato de la locomotora del tren, el cual indicaba que en pocos momentos aquel tren iba a parar en la estación de Cabra del Santo Cristo y Alicún.-destino de don Andrés Molina y su familia-.